

POPURRI

BOBAINA S.C.

S. ARMAS CALCINES

FIG
94

MONTAÑA

S. Armas Calcines



Popurrí

*(Mejunje literario, compuesto de mala prosa
y peores versos)*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS PALMAS DE G. CANARIA

N.º Documento 203189

N.º Copta 513302

LAS PALMAS

1.957



DEDICATORIA

A la memoria de mi padre, cuya muerte nunca habré llorado bastante, aunque los *hombres fuertes* que me censuraron por llorar *de mastado* sobre su cadáver el día que lo enterraron, crean lo contrario.

S. A. C.

CA. Paulo Fróben,
administrador de la biblioteca de
30/8/11

PROEMIO

Vamos a decir unas palabras sobre lo que va a continuación, pues no quiero que nadie que lea lo que he escrito y recogido en estas páginas, pueda decir que le he sorprendido y engañado. Precisamente por lo mismo, no he querido comprometer a ningún amigo, encomendándole la escritura del consabido *Prólogo*; haciéndole, de esta manera, casi exclusivo responsable ante los lectores, de la pérdida del tiempo que emplearen en leerme... Y no menciono el dinero empleado en comprar el libro, pues no creo que haya nadie tan cándido como para gastarse tres duros en su adquisición. Hablo solamente de aquellos amigos y conocidos—que no serán pocos, les doy mi palabra—, a quienes yo se lo regale, con dedicatoria y todo...

Claro es que no me falta algún amigo a quien cargarle el mochuelo del prologuito... Pero soy de los que creen que nadie, por muy amigo que se considere de otro, tiene derecho a pedirle que trai-

cione su conciencia. Y esto es lo que significaría, para la persona a quien se lo pidiera, acceder a mi pretensión; pues ya le estoy viendo buscar la manera de hacer pasable lo mucho malo que este libro encierra—desde el punto de vista literario, se entiende—, e hiperbolizando, en sentido favorable, lo poco bueno que pudiere encontrar. Y digo esto por aquello de que *no hay libro tan malo que no contenga algo bueno...*

Y no, señores; yo soy un buen amigo y no quiero, para ninguno de los que me honran con su amistad, ningún cargo de conciencia por un delito de lesa literatura...



Y a lo que íbamos. Esto, ya lo he dicho antes como subtítulo, es un *mejunje literario...*; y como tal, innocuo para la salud, aunque puede que sea ofensivo para los amantes de las buenas letras... Pero con no leerlo, está todo arreglado.

—Y si sabes esto, ¿por qué lo publicas?—me diréis. ¡Ah, señores! ¿Han visto ustedes alguna vez un padre que, por feo que sea su hijo, lo oculte siempre a todo el mundo? No; no hay ningún padre que haga esto. Y ¿sabéis por qué? Porque no hay padre que no crea que en su hijo hay algo bueno, digno

de que la gente lo vea. Y yo, como padre de esta criatura, soy como otro padre cualquiera; y creo que hay algo en ella que la hace digna de que la miréis sin repugnancia... Si estoy equivocado, ya se encargarán ustedes de decírmelo. Seguro...



Digamos algo sobre los trabajos que forman este libro.

A excepción de las últimas composiciones en verso—los que llamo «Versos de hoy»—todos han sido escritos hace ya muchos años. E incluso, las tres primeras poesías—«Anhelos», «El perro muerto» y «Paloma y gavián»—, fueron publicadas en un diario de entonces, «El Tribuno», hace más de veinte años. Hoy las reproduzco tal y como fueron publicadas en aquella época; sólo en las dos últimas he suprimido algunos versos, que me resultaban innecesarios, así como el título de la última, por parecerme éste más adecuado. Lo demás, tanto en prosa como en verso, es todo inédito; y lo últimamente escrito tiene ya más de quince años de hecho.

Si tuviera hoy que volver a tratar los mismos temas, es probable que cambiara algo la forma, tanto en la prosa como en el verso; pero no he querido cambiar nada, pues me parecería que me traicionaba

a mí mismo, ya que yo tampoco creo haber cambiado... espiritualmente.

Y para terminar, un ruego: si no os gusta el libro, no lo leáis, dejadlo a un lado... Pero, ¡por favor!, no lo maltratéis, siquiera sea en correspondencia a la sinceridad con que su progenitor os ha hablado.

S. A. C.

PROSA

ROBAINA & C.^a, S. en C.



(NOVELA)

¡La víspera del gran día! Sobre la plancha de mármol del largo mostrador, el champaña, el whisky, el coñac, el jerez; los dulces, los cigarros... todas esas cosas inventadas para que los hombres nos emborrachemos y las señoras se indigesten y pringuen los bolsos al meter en ellos, a hurtadillas, puñados de dulces y confituras, se ofrecían a la vista y al paladar de los invitados en insólita abundancia.

Los invitados llenaban la tienda, el almacén, la oficina y demás dependencias del establecimiento.

Era la víspera del día señalado para la apertura del gran establecimiento de comestibles y bebidas, al

por mayor y al detalle, que giraría bajo la razón social «ROBAINA & C.^a, S. en C.», y éstos habían querido celebrar tan fausto acontecimiento invitando y agasajando a los más destacados miembros del Comercio y la Banca locales, los que habían acudido en unión de las señoras y señoritas de sus respectivas familias, deseosos de comer y beber gratis y de fisgonearlo todo, buscando materia para la crítica.

También abundaban los periodistas especializados en el reclamo y los fotógrafos, que al día siguiente publicarían plúmbeas columnas de prosa huera y diti-rámica, y fotografías de los miembros de la *nueva firma* en actitudes convencionales.

Robaina y su socio comanditario, el Sr. Fabelo, ayudados de los cuatro dependientes contratados para empezar y del Tenedor de Libros, se afanaban por atender a aquellos señores, en cuyo círculo social acababan de entrar. Robaina, en particular, iba de grupo en grupo con asombrosa movilidad, ofreciendo copa sobre copa a sus nuevos *compañeros* que le acogían con benevolencia protectora y un tanto humillante y cambiaban entre sí sonrisitas irónicas.

El Sr. Fabelo prefería obsequiar a las damas, las que celebraban con grandes risotadas sus dichos americanos, expresados con el dejo meloso adquirido en sus largos años de estada en América.

La reunión duró hasta bien entrada la noche; y cuando los invitados se retiraron, después de desear a los socios prosperidad en el negocio, al mismo tiempo que hacían íntimos y fervientes votos por el fracaso más rotundo, Robaina y los demás de la Casa se dedicaron a ponerlo todo en orden, pues a la mañana siguiente se pondría en marcha la máquina y todas las piezas tenían que estar debidamente ajustadas y engrasadas.

Cuando Robaina llegó a su cuarto del hotel a que se había ido a vivir días antes, por no encontrar adecuada a su nueva posición la modesta casa de huéspedes que le había servido de albergue durante sus largos años de empleado de poco sueldo, eran ya dadas las dos de la madrugada.

Se sentía feliz. Al fin veía convertido en realidad su sueño de tantos años: ser jefe, tener empleados a sus órdenes, codearse con los magnates del comercio—que en su mente de dependiente rutinario y servil se le representaban como seres superiores—; poner su firma al pie de los cheques y debajo del *acepto* de las letras de cambio... Todo esto, que hasta hacía un par de meses consideraba irrealizable, había llegado. Su apellido, hasta ayer humilde y oscuro, resaltaba ya en la muestra del establecimiento y en el membrete de las facturas: «ROBAINA & C.^a, S. en C.»; constaba en los registros de los

Bancos y de las Casas proveedoras: «El socio Gerente, Don Salustiano Robaina, firmará...»



Salustiano Robaina era hijo de un modesto labrador, que cultivaba una pequeña hacienda de su propiedad en un pueblecito del interior de la Isla. Tenía varias hermanas, siendo él el único varón y el más pequeño de todos. Sus padres y sus hermanas, que fueron para él como otras tantas madres, le criaron con regalo y solicitud, puestas en él todas sus esperanzas para el porvenir.

Cuando llegó a la edad adecuada, le pusieron a estudiar, con la idea, sustentada por toda la familia con absoluta unanimidad, de que terminado el bachillerato, fuera a Madrid o Barcelona a estudiar para médico o abogado, para lo cual estaban todos dispuestos a sacrificarse, trabajando sin descanso para que pudiera cursar sus estudios sin agobios económicos.

Pero pasaban los años y por mucho que su padre gastara en libros y profesores, Salustiano no lograba aprobar ni siquiera el ingreso en el Instituto; por lo que su padre, sintetizando el dolor y el desencanto familiar, le hizo saber un día que era llegado el de hacer algo práctico; y que, ya que otra co-

sa no, aprendiera al menos a trabajar la tierra, ayudándole en las faenas del campo.

Pero Salustiano no había nacido para curtirse la piel al sol ni para encallecerse las manos con el cabo del sacho, por lo que se pasaba lo más del tiempo en el casinillo del pueblo, jugando al billar o a la baraja, que en esto sí que había progresado.

Mas, llegó un día en que el padre, viendo que Salustiano no pensaba en crearse una posición para el porvenir mediante el trabajo, y que eran inútiles cuantos sacrificios hacía por aquel hijo, que había destrozado todas sus esperanzas y amargado el final de su vida, le conminó seriamente para que tomara una determinación. Entonces Salustiano optó por irse a América.

A los dos años de estar allá, murieron sus padres, con intervalo de pocos meses, y Salustiano regresó para recoger la exigua herencia que aquéllos le dejaron. Se vino luego a vivir a Las Palmas y aquí vagabundeó mientras le duraron las pesetas de la herencia.

Acabadas éstas, no tuvo otro remedio que pensar en trabajar en algo, pues ya no tenía quien lo hiciera por él.

En Cuba había adquirido algunos conocimientos en el comercio de comestibles y bebidas, por lo que

encaminó por este lado sus gestiones para proporcionarse trabajo. Lo encontró al fin en una tienda situada en una de las calles cercanas al Mercado de Las Palmas.

Al principio, las horas se le hacían interminables detrás del mostrador. Acostumbrado a la vida del holgazán, la disciplina del trabajo le resultaba insostenible; pero como la necesidad apretaba, no había otro remedio que someterse.

El sueldo, mezquino, no le permitía otro albergue que una modestísima casa de comidas de la calle Lentini, en la que la dueña—una antigua cocinera—le alquiló una habitación en la azotea, sin otro mobiliario que una cama vieja, una mesa de noche, una percha plegable y lavabo de madera curvada con una palangana de hierro esmaltado, toda llena de machacaduras, por las que asomaba el hierro negro.

A esta casa acudían a comer arrieros y vendedores de los que diariamente concurren al Mercado de Las Palmas con frutas y hortalizas, por lo que, de la madrugada a la noche, estaba siempre llena de ruidos y voces desacordes, así como impregnada del olor de las fritadas.

Poco a poco fué Salustiano habituándose al trabajo, y hasta llegó a tomarle cariño a la profesión, pensando algunas veces—como en una cosa bella e

inasequible—en una tienda que fuera de su propiedad.

Por otra parte, el trato con criadas de esas que sirven para todo y con mujeres despreocupadas, que admiten y dan entre risotadas las bromas más procaces y sucias, con tal de llevar *bien medido* el aceite, o pagar unos céntimos menos por el kilo de azúcar, de las que había en abundancia entre la clientela habitual del establecimiento, hermanaba perfectamente con su espíritu zafio y halagaba su vanidad de tenorio de mostrador.

Con su cabellera negra y ensortijada, peinada con raya al centro, y su bigote de guías retorcidas, formando sendas volutas, se creía irresistible. Y el infeliz no conquistaba sino territorios ya trillados por otros conquistadores.

Entre las conquistas hechas por Salustiano, hay una que merece relatarse, por sus pintorescos resultados.

Un día—día aciago para Salustiano, según verá el lector—apareció por la tienda una muchachita que, por su garbo y su gracia, era capaz de tentar al más sesudo varón, cuanto más a un infeliz rijoso como Salustiano. Así, pues, no tiene nada de particular que el amigo Robaina quedara turulado desde que la vió, subyugado por el encanto de su mirada gachona.

Se trataba de una andalucita, sirvienta de un alto personaje, recién llegado a Las Palmas.

Salustiano, según decimos, quedó prendado de ella desde el primer momento, haciéndole el amor todas las mañanas, cuando iba a la tienda a hacer la compra, con tal vehemencia, que a veces le hacía soltar la carcajada—una carcajada que parecía arrancada de una copa de cristal con un martillito de plata—, lo que hacía volver la cabeza a los demás compradores y fruncir el entrecejo al jefe de Robaina.

Ella comprendió desde el primer día que se las había con un infeliz y se dejaba querer, pero sin dejarle avanzar gran cosa.

Al fin, después de varios meses de asedio y de muchos regalos, consiguió Salustiano una cita en una casa a la que él acostumbraba llevar sus conquistas.

Fué un domingo a la tarde. Abandonaron la casa al oscurecer y pasearon largo rato por el Parque y el Muelle de Las Palmas, despidiéndose ya entrada la noche con un beso prolongado y la reiterada promesa de Salustiano, que estaba verdaderamente enamorado de ella, de quererla siempre.

Cuando se separaron, a ella le bailaba en los ojos gachones una sonrisa enigmática. Ocho días después, Robaina tenía que guardar cama y pedir un sueldo

adelantado para atender a los gastos de médico y botica. El recuerdo de esta conquista persiguió a Salustiano Robaina durante muchos años.

* * *

Así estaban las cosas cuando el Sr. Fabelo recaló a Las Palmas. Venía de Cuba, donde había pasado cuarenta años de su vida.

Domingo Fabelo se había marchado a Cuba cuando aún era un niño. Allí trabajó sin descanso, hasta conseguir, a fuerza de privaciones, un mediano pasar, dejando sobre aquellos campos toda su juventud, que se le había ido a chorros por todos los poros de su cuerpo; agostada bajo aquel sol inclemente, que quemó su carne y secó la savia de su mocedad.

Un día, unos norteamericanos le ofrecieron por su *colonia* una cantidad de dólares superior a cuanto había soñado. Aceptó, incrédulo y desconfiado, primero; loco de alegría, después, al convencerse de que era verdad aquella riqueza, que se le ofrecía tan inesperadamente y que satisfacía con creces sus ilusiones de emigrante. Entonces pensó en la tierra lejana, ya casi olvidada, y decidió volver a ella.

Al desatracar el barco del muelle de la Habana, proa al Viejo Mundo, sintió que los ojos se le lle-

naban de lágrimas: no era la despedida emocionada de aquella tierra, que durante cuarenta años había sido la suya; era el adiós definitivo a su juventud, que quedaba allí, perdida para siempre, muerta, irre recuperable, a cambio de un puñado de oro, que de poco había de servirle ya...

Se encontraron en el Parque de San Telmo, una mañana de domingo, y se saludaron cordialmente. Se habían conocido en la Habana y les unía buena amistad.

Almorzaron juntos, recordando cosas de *allá*. El Sr. Fabelo se informó ampliamente de la vida de Robaina; luego le contó la suya, larga y penosa; vida que constituía una cadena de trabajo continuo, sin una solución de continuidad donde floreciera un recuerdo de juventud, una hora de alegría moza; sin un eslabón que guardara la huella cálida de un beso de mujer, puro y desinteresado...

Y ahora, con la vejez inminente, inevitable, la riqueza, seca, desnuda; como una caricia sarcástica de la muerte; impotente para hacer correr por sus venas exhaustas una sola gota de savia joven y generadora, la ráfaga caliente de un efluvio de juventud, vertida a chorros por todos los poros de su cuerpo sobre la tierra ardiente del campo cubano...

Súbita, surgió la idea en la mente de Salustiano. Si él, Fabelo, quisiera, podían hacer negocio. Un

buen establecimiento, bien presentado y bien surtido, duplicaría, triplicaría, en breve tiempo, el capital inicial.

Al Sr. Fabelo no le interesaban ya los negocios; bastante había trabajado. Pero estaba dispuesto a ayudarle, aportando los pesos necesarios para que pudiera Salustiano desarrollar sus iniciativas comerciales, desenvolver en amplio campo sus actividades...

Así nació la razón social «ROBAINA & C.^a, S. en C.».



Alquilaron un amplio local en la calle de Triana, con puertas a la de la Marina. Robaina empezó a hacer los primeros pedidos de mercancías, viéndose desde el primer momento que carecía en absoluto de los conocimientos mercantiles indispensables para saber comprar; operación ésta más importante en el comercio que la de vender.

Comisionistas desaprensivos hicieron su agosto, validos de la ignorancia de Salustiano; pero otros, honrados, no sólo le guiaron, sino que le aconsejaron que se asesorara de un buen empleado, pues de lo contrario, se exponía a serios quebrantos. Esto lastimó algo el amor propio de Robaina; pero como

el mismo se había dado cuenta de que la empresa era superior a sus fuerzas, siguió el consejo, tomando como empleado principal a uno de los que había sido muchos años de una importante casa y que a la sazón vacaba.

Llamábase éste Julio Anaya, y era hombre de mediana edad, serio e inteligente; con muchos años de práctica y sólidos conocimientos comerciales. Estaba casado y tenía cuatro hijos. Robaina le discutió el sueldo cicateramente, plantándose en los setenta duros como máximo.

Para Salustiano, acostumbrado a sueldos de ciento cincuenta pesetas, uno de trescientas cincuenta le parecía una enormidad; para Anaya, que siempre los había cobrado muy superiores, era una irrisión. Pero cuatro hijos que piden pan obligan a mucho; y como los empleos no abundaban, no tuvo otro remedio que resignarse.

Días antes del señalado para la inauguración, se contrataron tres empleados más—dos de los cuales harían de peones cuando fuere necesario—y un tenedor de libros, todos ellos con sueldos de hambre.

Desde los primeros días fué Anaya, de hecho, el director del negocio, de lo que pronto se percataron todos, principalmente el Sr. Fabelo que, aunque ayuno de conocimientos comerciales, era de inteligencia despierta.

Robaina, que veía crecer el prestigio de Anaya, al que todos consideraban y trataban como al verdadero gerente, y disminuir el suyo, llegó a cobrarle un odio sordo y rencoroso. Era la envidia del patán engreído que se veía anulado por el hombre inteligente y modesto.

No desperdiciaba ocasión de humillarle y hasta llegó a proponer al Sr. Fabelo su despido, a lo que éste se opuso rotundamente. Julio sufría en silencio y se hacía el propósito de abandonarlos tan pronto encontrara otro empleo.

Salustiano, atento antes que nada al cuidado de su persona, se dió pronto cuenta de que su peinado y su bigote retorcido resultaban algo ridículos en el nuevo ambiente. Empezó por sacrificar su raya al centro, de que tanto presumiera en otros tiempos, y fuese recortando paulatinamente el bigote, hasta hacerlo desaparecer. Vestía siempre con exagerado atildamiento, moviéndose detrás del mostrador como si estuviera en un salón de baile.

Prodigaba las genuflexiones y las palabras melosas, que él creía de buen gusto, ante los clientes importantes, de tal manera que provocaba en éstos sonrisitas burlonas. A los empleados los trataba con despotismo; y cuando tenía que firmar alguna letra o alguna nota de pedido, tiraba de su estilográfica de plumín de oro con tal aire de importancia, que

los que le observaban tenían que esforzarse para no soltar la carcajada.

Y es que el infeliz se creía ya un personaje importante, no siendo, en realidad, otra cosa que un grotesco pobre diablo.



Robaina había dejado novia en el pueblo; esa novia que casi todos los hombres han tenido, y que pocas veces llega a convertirse en la mujer de aquel que despertó sus primeras ilusiones amorosas y con el que soñó los más bellos sueños de su juventud.

Es la amiguita de la infancia, compañera de los juegos puros de la niñez, y que tácitamente se convierte en novia al llegar la pubertad. Ella esperará siempre confiada, a pesar de desvíos y traiciones; hasta que un día, la noticia de la boda del novio con otra mujer, o el espejo que le dice con su lenguaje mudo e inexorable que ya pasó la edad del amor, derrumba el castillo de sus ilusiones, formado con sus sueños más puros. Y aun así, en los momentos de confidencias íntimas, en el seno de la familia o de la amistad, siempre hablará de su novio con lenguaje inconfundible, hecho con rescoldos de esperanza, aromado con recuerdos de adolescencia...

Pero Robaina había mantenido siempre viva en

su novia la llama del amor. En medio de todas sus mudanzas y veleidades, fué este cariño lo único que se mantuvo firme, inquebrantable... Y hay que hacerle la justicia de decir que lo sentía sincera, honradamente, que nunca pasó por su mente la idea de faltar a la promesa dada, de matar aquellas ilusiones, mantenidas siempre frescas, a través de los años y de las distancias...

Por eso ella esperaba siempre, tranquila y segura, como esperan las mujeres que aman y creen en el amado.

Pero el cambio operado en la vida de Salustiano era superior a todas sus previsiones y a todos sus sentimientos; escapaba a todos sus cálculos anteriores... Y rompió sin el menor remordimiento, brutalmente; con el crudo egoísmo de los espíritus mezquinos, incapaces de sentir el dolor ajeno.

La razón, él se la dijo a una de sus hermanas, que le afeó su conducta: «No era que hubiese dejado de quererla; de haber seguido las cosas como estaban, se hubiera casado con ella. Pero ahora era distinto; todo había cambiado...; su nueva posición le exigía...»

La hermana se apartó de él con asco; había conocido de golpe toda la pequeñez del alma de su hermano. Él quedó satisfecho: había saldado la única cuenta que le quedaba pendiente con el pasado.



El negocio marchaba, El señor Fabelo, que se había convencido de la inutilidad de su socio, tenía puesta toda su confianza, en Anaya, obligando a Salustiano a no hacer nada sin consultar con aquél. Esto le molestaba grandemente; pero como comprendía que no le convenía disgustar al Sr. Fabelo, se sometía.

Además, a él lo que le interesaba era figurar, tener dinero para alternar con la gente *bien*, palabreja que para Salustiano significaba el summum de la elegancia y de la distinción.

Se había hecho socio del Casino y del Club; y era cosa de verle ahuecarse como una clueca, cuando decía: «Ayer en el Casino...» «Anoche en el Club...»

En política era Robaina lo que se llama un *bombre de orden*. Por su cuenta, a todo aquél que no estuviera conforme con el orden establecido, había que colgarlo. Sí, señor; colgarlo a la vista de todo el mundo, para que sirviera de escarmiento a toda esa canalla de desarrapados que no hace otra cosa que protestar de todo y pedir aumento de jornal... Y hasta pretender ser concejales... Era el colmo. ¡Ah, si él, Salustiano Robaina, comerciante establecido en la calle de Triana, Gerente [de la razón so-

cial, ROBAINA & C.^a, S. en C., llegara algún día a tener el gajo en la mano, ya verían todos cómo se gobernaba a esta gentuzal...



Salustiano emprendió una vida fastuosa. Había roto con sus viejas amistades. Y si se encontraba en la calle con algún antiguo conocido, hacía lo posible por no saludarle. Si se veía obligado a hacerlo, hacíalo con tal frialdad, que en lo sucesivo era aquél el que procuraba esquivarle.

Se le veía constantemente rodeado de señoritín-gos vagos arramblados que le adulaban, reían sus gracias pajizas, comían y bebían a su costa y le to-maban el pelo de lo lindo.

Esta vida, que a él se le antojaba de lo más *chic* —otra palabreja de la predilección de Robaina—, y en la que hacía el papel de tonto, le costaba un dineral, por lo que con frecuencia tenía que tomar de la caja del establecimiento importantes cantida-des.

Esto tenía amoscado al Sr. Fabelo, que ya se arrepentía de haberse asociado con semejante nuli-dad; pero lo que acabó de llenarle fué aquel estre-pitoso viaje a Tenerife.

Estaba una noche Robaina en el Club, en unión

de tres de sus compinches, hartos todos de bebida, cuando llegó hasta ellos el sonido de la sirena del correillo interinsular, que anunciaba la salida. Súbitamente, Salustiano propuso:

—¿Vamos a Tenerife?

Los otros se disculparon; no tenían dinero. ¡Bah! Eso no era obstáculo: él tenía. Los amigos son para las ocasiones.

Llegaron al muelle cuando ya el barco iba a desatracar; sacaron pasaje de primera—que pagó Salustiano—, y se pasaron la noche en vela, bebiendo y alborotando.

En Tenerife continuaron la *juerga* durante todo el día; y a la noche fué tal el escándalo que armaron en un bar de la Plaza de la Candelaria, en Santa Cruz, que fueron a parar a la Comisaría de Vigilancia.

Allí los tuvieron toda la noche; y al día siguiente le impusieron a cada uno quinientas pesetas de multa. Como los otros no tenían dinero ni a quien pedirselo, Salustiano telegrafió al Sr. Fabelo pidiéndole dos mil quinientas pesetas, pues tampoco les quedaba para pagar el pasaje de regreso a Las Palmas. Aquella misma tarde recibió dicha cantidad por giro telegráfico.

Pero el Sr. Fabelo no estaba dispuesto a seguir

callando. Al día siguiente del regreso de Robaina, le llamó a solas y le habló clara y enérgicamente. El había expuesto su dinero por ayudarle; ni siquiera le importaba que el rendimiento fuera mayor o menor, pues tenía lo suficiente para vivir tranquilo y descansadamente; pero no estaba conforme con que se derrochara tan estúpidamente. Salustiano le replicó con acritud, lo que hizo que en su socio germinara la idea de deshacerse de él a la primera oportunidad.

Cuando se hizo el primer balance, éste acusó un beneficio notable; pero al llevar a la cuenta de Robaina la parte correspondiente, se vió que no bastaba a cubrir lo tomado por éste.

Entonces el Sr. Fabelo le propuso disolver la sociedad, a lo que Robaina se negó. En vista de esto, se mostró dispuesto a comprarle su derecho, mediante la entrega en efectivo de una crecida cantidad; amenazándole, de negarse a este arreglo, con hacer cumplir en todas sus partes la escritura social, según la cual sólo podría retirar mensualmente una cantidad bastante limitada.

Salustiano, que vió que se le iba a cortar de golpe su vida fastuosa, con la que tanto se había encariñado, accedió.

Y el mismo día que se firmaba el acta de disolución de la razón social «ROBAINA & C.^a, S. en C.,»

se firmaba otra escritura, en la que el Sr. Fabelo asociaba a él a Julio Anaya, en las mismas condiciones que antes lo había estado Salustiano Robaina.



La cantidad entregada por el Sr. Fabelo a Robaina, hubiera bastado a otro cualquiera para establecerse y asegurarse una vida independiente y decorosa; pero, en manos de Salustiano, sólo había de servir para prolongar unos meses su vida de fasto y de derroche.

Fueron unos meses de verdadera locura, al cabo de los cuales se encontró Robaina sin dinero y sin amigos.

De nuevo pensó en Cuba, emprendiendo el viaje con las pocas perras que le quedaban. No transcurrió mucho tiempo sin que estuviera de vuelta. Aquello había cambiado mucho y la vida allí se hacía demasiado dura.

Volvió a su antiguo hospedaje de la calle de Lentini, que, aunque había cambiado de dueño, seguía lo mismo. Buscó trabajo, recurriendo a aquellos comerciantes que hasta hacía apenas un año habían sido sus *compañeros*, en solicitud de un empleo; pero éstos se evadían con razones más o menos aceptables,

pero sin que ninguno le diera el empleo solicitado. Y es que todos conocían su nulidad.

Por último, y ante la amenaza de la miseria, no le quedó más remedio que acogerse a lo que salía, colocándose en un diario de la mañana como repartidor y cobrador del distrito de Vegueta.

Y lo que son las cosas: se encuentra tan bien Salustiano en su nuevo oficio; goza de tal tranquilidad espiritual y de tal satisfacción interior, que a él mismo le causa asombro cuando piensa en ello.

El único resabio que queda en Robaina de su existencia anterior, es el afán de hacer conquistas. Ahora las hace en los zaguanes, cuando a la mañanita, temprano, va a dejar el periódico...

.

Y viendo este bienestar actual de Salustiano Robaina, la naturalidad con que se desenvuelve en su humilde y definitiva profesión, que no parece sino que ha encontrado un encaje natural en la vida, se explica uno la inquietud desconcertante, el desasosiego inverosímil que, a veces, observamos en algunos de esos hombres que han alcanzado riqueza y honores...

F I N

TERESA, LA DEL LUPANAR

Mi amigo Alfredo Mendoza y yo, hacía tiempo que no nos veíamos. Nacidos en el mismo pueblo, una gran amistad nos une desde la niñez. Juntos hicimos nuestros primeros juegos y nuestras primeras travesuras de chiquillos; juntos fuimos a la escuela y juntos realizamos nuestras primeras calaveradas juveniles.

Más tarde, la vida nos marcó a cada uno rumbo distinto y a veces pasan meses, años sin que nos veamos. Por eso cuando nos encontramos sentimos una íntima y sincera satisfacción; y aunque no es la locuacidad la característica habitual de ninguno de los dos, ese día hablamos hasta cansarnos contándonos hasta nuestras cosas más íntimas, recordando horas de nuestra niñez y de nuestra juventud; rememorando un pasado del que ya ambos empezamos a sentir la nostalgia.

Una casualidad nos unió hace unos días, y, como siempre, dimos en hablar de nuestras cosas.

Hacia calor y nos sentamos a un velador colocado a la sombra de una de las higueras indias que adornan la Plazuela. Un vaso de cerveza, un cigarro y a abrir la espita de los recuerdos.

—Tengo un recuerdo de esos años—me dijo de pronto Alfredo Mendoza, con un tono de amargura en sus palabras que me sorprendió—que no podré olvidar mientras viva. Es una cosa vulgar, una de esas tantas vulgaridades de que está plagada la vida y cuyo fondo doloroso, trágico, sólo logran ver los espíritus sensibles al dolor ajeno; y estos espíritus, como tú sabes, no abundan en el mundo desgraciadamente.

Verás.



—Un día, hace ya muchos años, se acercó al mostrador del establecimiento donde yo trabajaba, una mujer joven y que, sin ser bonita del todo, resultaba simpática y atrayente desde el primer momento.

Iba sencilla y decentemente vestida. Llevaba puesta una mantilla blanca que enmarcaba admirablemente su rostro ligeramente moreno y bastante pálido. Unos ojos negros y grandes daban a su cara, de fac-

ciones correctas, una expresión agradable e interesante.

De ella no decirlo, nadie que no la conociera adivinaría que era una de esas desgraciadas que venden su cuerpo y fingen amor por unas miserables monedas. Una palabra escapada en el curso de la transacción me descubrió quién era y sentí deseos de volverla a encontrar.

Para un hombre joven y soltero, como era yo entonces, no era cosa difícil.

Y, efectivamente, la encontré noches después en uno de los lupanares más lujosos de entonces. Se llamaba Teresa y pude comprobar que estaba encinta. ¿Quién era el padre? ¡Ella que sabía! Uno. Uno de tantos. Uno cualquiera. ¿Qué más daba? Y al decirlo había en ella una tristeza, un dejo de amargura en sus palabras que denotaban que aquella mujer no había llegado aún a la total degradación, que aún quedaba en ella un resto de dignidad que acaso pudiera servir de base para su regeneración si se le tendía una mano noble y generosa que le ayudara a salir del fango en que había caído y que todavía no había enlodado del todo su alma.

Pero aquella noche no estaba yo para filosofías ni discursos moralizadores, y la dejé después de pagarle unas caricias que yo era el primero en saber que eran falsas.



Pasó algún tiempo: un año, acaso dos, sin volver a verla. Otra noche entré en otro lupanar en unión de varios amigos. Allí estaba ella con otras infelices, en espera de que entraran hombres que quisieran comprar unos minutos de amor.

El gesto de amargura resignada que era habitual en su cara, se notaba acentuado aquella noche. Sentí curiosidad por volver a hablar con ella y fuimos a su habitación.

¡Qué honda sensación de tristeza, de amargura, de ausencia de amor, de todo cariño, de calor de hogar y familia se nota cuando entramos serenos en las habitaciones de estas pobres meretrices, desgraciadas vendedoras de amor y de caricias al primero que llega, sin que a ellas les sea dado ser verdaderamente amadas alguna vez, recibir caricias sinceras y desinteresadas; al contrario: cuando ellas aman—y cuando aman, aman de veras—tienen el sino maldito de poner su amor en desalmados que las golpean y las explotan!

Una cama, una mesita, un lavabo, dos sillas, una percha de la que cuelgan cuatro trapos de colores chillones y un fuerte olor a perfume barato; he ahí la habitación «oficial» de una meretriz.

Y frío, mucho frío. Un frío que hiela el alma.

Frío de tumba. De tumba de ilusiones, de honras, de pudores... Teatro de las mayores indignidades, de las más grandes aberraciones...

Quise saber que era de su hijo, si había nacido, y le pregunté:

—¿Cómo salió aquello?

—¡Aquello salió bien, pero terminó mal—me dijo en un tono que me extrañó.

—Terminó mal; ¿por qué?—interrogué.

—¡Porque se me murió!— me contestó, luchando con el llanto que empezaba a ahogarla.

—¿Y cuándo se murió?—volví a preguntar, ya fuertemente impresionado.

—¡Esta tarde lo enterraron—dijo, rompiendo a llorar y abrazándose a mí en una demanda desesperada de caricias nobles, de consuelo para su dolor de madre.

La dejé que llorara, sintiendo yo mismo que las lágrimas quemaban mis párpados y traté de consolarla.

Cuando se serenó un poco, volví a preguntarle:

—¿Y por qué estás aquí esta noche?

—Porque si no vengo «el ama» me despide, y ésta es «una buena casa» —me dijo, volviendo sus ojos llorosos al techo, como si quisiera ver el cielo y pedirle a Dios, no sé si el consuelo que pide un alma

creyente, o la explicación de por qué, si existe, permite en el mundo tantas miserias y tantas maldades, que pide el incrédulo.

Dejé que se serenara del todo y dándole dinero, pues ella tenía que darle su parte al «ama», me despedí besándola en la frente como hubiera hecho con una hermana.

Y salí de aquella casa con el alma dolorida y pensando en lo canallas que somos los hombres; y también en que acaso después de mí fuera otro que la encontrara más guapa con sus ojos llorosos, a los que se asomaba todo su dolor de madre afligida.



Fuímos amigos. Sentía ella hacia mí esa simpatía agradecida que se siente hacia las personas en quienes hemos encontrado en un momento de aflicción respeto para nuestro dolor y consuelo para nuestra pena; yo hacia ella una simpatía conmisericordiosa, pues reconocía en ella un alma buena a la que las miserias y maldades de la vida habían lanzado a la ciénaga del vicio.

Un día me contó su historia. Era—y es, pues para su desgracia vive aún—su historia como casi todas las historias de casi todas esas desgraciadas mujeres.

La primera caída cuando aún no se han traspues-

to del todo los umbrales de la niñez. La familia que la arroja de su seno y el lupanar como único refugio. Y ya en la pendiente, a rodar, a rodar hasta hundirse para siempre.

Cuando le aconsejaba que abandonara aquella vida, que trabajara y se regenerara, siempre me contestaba lo mismo. ¿A dónde iba? Si iba a servir—no sabía hacer otra cosa—a una casa, desde que se enteraran donde había estado la arrojarían a la calle. Lo sabía por lo que les había sucedido a otras. Ella quería dejar aquella vida, pero no podía hacerlo, no tenía otros medios de vida ni quién la ayudara. ¡Y lo triste es que tenía razón!

Hace unos días he vuelto a verla. Ya lleva marcado en la cara todo el estigma del vicio y la degradación. Ya es tarde para ella. ¡Y pensar que era buena, que pudo haberse salvado! ¡Es triste, es triste!...—terminó Alfredo Mendoza, con un acento que denotaba su sincera pena.



Alguien pasaba a nuestro lado. Miramos. Era un matrimonio «demasiado» conocido, sobre todo ella, que cruzaba contento y feliz.

Un chicuelo desarrapado y sucio se acercó a ellos pidiendo limosna. Ella se apartó con asco y él lo se-

paró de un manotazo. Más abajo se les acercó a saludarlos una señora lujosamente vestida. Se besaron ellas. Alfredo Mendoza comentó:

— Ahí tienes tú: como este niño sería el de Teresa, si viviera. Sucio y desarrapado andaría por el mundo, mendigando y sufriendo desprecios, mientras su madre se revolcaba en el lodo de las mancebías.

Y todo porque aquella señora que saluda a ese matrimonio, se consideraría deshonrada si admitiera a trabajar en su casa a una pobre ramera que quiere dejar de serlo.

Y sin embargo, besa a ésta, sabiendo quién es, por el solo hecho de llevar a su lado un «editor responsable».

Y los dos tuvimos el mismo gesto espontáneo:
— ¡Puf! ¡Qué asco de sociedad!

VERSOS DE AYER

A N H E L O

La cena, humilde, sabrosa y casera, está presta.
Limpio el mantel, limpias las cucharas...
Claros y limpios, los ojos...
Limpias y claras, transparentes, las almas
Hay calor de nido... Mas, ¿qué pasa?
¿Qué ave agorera abatió sobre mi casa
sus alas siniestras?
¿Por qué la dicha no es plena,
cuando sólo el amor llena nuestras vidas?
¿Qué recóndita herida nuestra dicha envenena?
Yo no lo sé. Y decidme:
Si esto no es pena, ¿qué es pena?
Hay amor, hay comprensión; hay mútuo sacrificio...
Pasó la pasión y ahincó el cariño.
¿Es que acaso falta el lloro de un niño?

para que la angustia nos estreche, sobre la cuna?
Todo pudiera ser. Mas yo sólo sé
que nunca pasión alguna
embargó mi vida como esta que ahora siento:
En el hogar, un asiento...
Cuando desmayo, un aliento...
Y cuando busque unos brazos
para llorar mis fracasos,
no una voz que me pregunte:
¿Qué ha sucedido? ¿Qué es eso?
Sino que, sin preguntarme,
ponga en mis labios un beso.

EL PERRO MUERTO

Yo lo he visto hace un momento...
Cabe la acera era tal
que un cervato en acecho...
Y era el perro...
El pobre perrito muerto...
Tenía la panza gris; canelo el lomo...
Y las orejas enhiestas...
Y una cosa que salía
de su boca entreabierta,
sobre el plomo del asfalto
ponía una mancha negra...
Y sus ojos, ¡oh sus ojos!...
Negros como aquella mancha.
Y en sus pupilas brillantes
aún la vida llameaba...

Uno de la limpieza lo habrá recogido
con un gesto de repugnancia,
sin pensar que el perro lame
la mano que le maltrata.

PALOMA Y GAVILAN

Fué en una tarde de estío...
Caía un sol que quemaba...
El gavián era yo...
Ella, la paloma blanca...

Subiendo la cuesta pina,
cuando el sol más alto estaba,
era mi mano de hermano;
era su mano de hermana...
Mas, al remontar la cuesta,
al ver la llanura ancha
que se ofrecía a nuestra vista,
candente y solitaria,
el gavián que en mí había,
mostró, *sin querer las garras.*

Aquella tarde de estío,
el sol, más que calentar, quemaba...

Al estrecharla en mis brazos
tembló como una paloma
en garras del gavián.
Ella me miró un momento...
Y había en sus ojos lágrimas
y un asomo de pasión...
¡Aquella tarde de estío,
sobre la niña, el amor
batió, por primera vez, sus alas...

Quise pedirle perdón.
La rogué que me escuchara...
Mas ella fuese corriendo;
más que corriendo, volando,
como una paloma blanca...
Y yo me quedé llorando,
sin pena ni desconsuelo...
¡Y es que mi alma quedaba
libre de remordimiento!

Tened en cuenta que fué

en una tarde de estío;
en una tarde en que el sol,
más que calentar, quemaba...
Y que hay calores que enervan,
que debilitan el alma...

Aquella tarde de estío,
el sol, más que calentar, quemaba...

Al estrecharla en mis brazos
tembló como una paloma
en garras del gavián.
Ella me miró un momento...
Y había en sus ojos lágrimas
y un asomo de pasión...
¡Aquella tarde de estío,
sobre la niña, el amor
batió, por primera vez, sus alas...

Quise pedirle perdón.
La rogué que me escuchara...
Mas ella fuese corriendo;
más que corriendo, volando,
como una paloma blanca...
Y yo me quedé llorando,
sin pena ni desconsuelo...
¡Y es que mi alma quedaba
libre de remordimiento!

Tened en cuenta que fué

en una tarde de estío;
en una tarde en que el sol,
más que calentar, quemaba...
Y que hay calores que enervan,
que debilitan el alma...

ROMANCE DEL NIÑO MENDIGO

¡Ved esos niños mendigos
de pie y pierna desnudos,
son cual la prueba viviente
del egoísmo del mundo!

Es una noche de invierno
—blanco mate de sudario—;
cae la nieve en albos copos
sobre la ciudad en descanso.
Sólo cruzan la ancha calle
—cubre la nieve el asfalto—
señoras con ricas pieles
reclinadas en sus autos;
y algún que otro menestral
retrasado en el trabajo,
que ahora marcha presuroso

hacia el calor del sobrado.
De las tiendas de gran lujo
—siempre atentas al reclamo—
sale a torrentes la luz,
que marca brillantes triángulos.

Desde el hueco de una puerta
—donde buscara resguardo
contra la nieve y el frío—
tiende el mendigo la mano.
—¡Una limosna por Dios!—
implora el niño cuitado.
Sordos pasan los magnates;
sordos los desheredados...
—¡Soy un pobre niño huérfano,
de todos abandonado!
Todos pasan sin dejar
una moneda en su mano,
ni una palabra en su oído
que hable al pobre desgraciado
de fraternidad y de amor...

¡Luego dicen que los hombres
son de los hombres hermanos!

La nieve alfombra las calles.
Todo es blanco, liso, llano...
Sólo un leve montecito,
cual diminuto collado
en dilatada llanura,
se observa en el blanco plano.
¿Acaso un animal muerto,
por la nieve sepultado?
¿O acaso—¡horrible fuera!
—algún pobre ser humano?
Sí: es el niño mendigo,
de todos abandonado.
La nieve fué para él
más buena que los magnates,
más que los desheredados,
brindándole al fin un lecho
que los otros le negaron...

¡Luego dicen que los hombres
son de los hombres hermanos!

¡Ved esos niños mendigos
de pie y pierna desnudos:
son cual la prueba viviente
del egoísmo del mundo!

MAQUICA

Para mi hermana

Quando mi mente evoca la niñez lejana,
surge en el recuerdo una imagen querida:
la de aquella viejecita de vida pura y sana
que substituyó en nosotros a la madre perdida.

Era la abuela buena, que nuestra infancia huérfana
cuidó con más cariño que madre amante cuida.
Maquica la llamábamos, y a mi hermana,
con riesgo de abrazarse, salvó una vez la vida.

Ya anciana y paralítica, de la muerte cercana;
por el reuma baldada y por la edad vencida,
por nosotros velada desde el sillón o la cama,

Y hasta que la muerte acabó sus días,
era ella la que a mí y a mi hermana,
sobre sus piernas muertas, nos adormecía.

MI VIEJA GARLOPA

Vieja garlopa, que yacías olvidada
en el fondo de la vieja caja
y hoy vuelves a mí, arrastrada
por furioso vendaval, que asuela y mata.

Garlopa de mi juventud, de mis años mozos.
Garlopa compañera de risas y cantares.
Cuando sólo abrigaba ensueños amorosos
y en mi vida no había dolores ni pesares.

Al oír de nuevo tu silbido, garlopa mía,
he creído revivir los años idos.
Y dentro de mí alguna ilusión querida
ha despertado de su largo olvido.

Y este breve soñar a tu contacto

con tiempos y cosas que se fueron,
pone en mi sufrir fugaz encanto
y amortigua este dolor que me lacera acerbo.

¡Vieja garlopa, compañera de risas y cantares,
de mozas alegrías y juveniles sueños:
hoy, a pesar de mis años y pesares
a soñar al arrullo de tu silbo vuelvo!

EL BESO QUE NO ME DISTE

Una tarde de domingo. Cabe tu ventana yo,
con prestancia de mocito pinturero.

Tú, acodada en el alféizar,
bonita como un ensueño.

Tienes flores en el pecho,
Tienes flores en el pelo.

Y rosas en las mejillas.

Y una mirada de amor
en tus bellos ojos negros.

Nos miramos largamente y yo te dije,
tembloroso por el amor y el deseo:

—Flor María, ¡dame un beso!

Te pusiste colorada. Luego ríes
y me dices con tu encantador gracejo:

—Vaya despacito, amigo. Aún es pronto para eso. Y como me vieras triste por no lograr mi deseo, declaraste, ahora en serio:

—También quisiera yo besarte, pero dicen que eso es feo.

Pasó el tiempo.

Los vaivenes de la vida
nos lanzaron por distintos derroteros.

Y hoy te agradezco, Flor María,
no me dieras aquel beso.

Porque tantos he gustado
y de labios tan diversos,
que ya ni siquiera siento
la nostalgia de los besos.

Más, escondida en las cenizas
de mis canas y mis recuerdos,
hay una brasa encendida,
muy encendida, de fuego:
el beso que no me diste
¡que aún palpita en el deseo!

•

¿DE DÓNDE VIENES?

¿De dónde vienes? ¿Por qué has tardado?
¿Dónde estuviste que no te hallé?
Toda la vida yo te he buscado;
mas por desgracia no te encontré.

Desde la infancia soñé contigo;
y hasta en mis juegos, yo te invoqué.
La adolescencia buscó tu imagen.
Y por no hallarte, ¡cuánto lloré!

Mis sueños locos de juventud tras ti se fueron.
Y en mi quimera corrí demente tras la ilusión.
Olí las flores, miré a los cielos.
Y por no verte, ¡cuánto ha sangrado mi corazón!
Y hoy te encuentro; mas llegas tarde.

Ya de la vida yo nada espero.
Sólo el descanso que me depare
la triste fosa, cuando haya muerto.

.

¿De dónde vienes? ¿Por qué has tardado?
¿Y qué me importa, si al fin te veo?
¿Que fuiste de otro y me has dejado
sin la esperanza de un solo beso?
Yo te bendigo porque has llegado.
Soñé contigo, ¿y he de quejarme si al fin te encuen-
(tro?

SI PUDIÉRAMOS...

...irnos los dos muy solitos,
allá muy lejos, muy lejos...
Donde no hubiese mentiras,
ni hipocresías, ni convenios...

Y amarnos sobre la tierra,
bajo las luces del cielo...
Como se aman las flores...
Como el gamo, como el ciervo...

CANTAR

Sueña, cabecita, sueña,
No trates de despertar,
El mundo real desdeña.
Sueña, cabecita, sueña...
Naciste para soñar.

VERSOS DE HOY

EL RECUERDO DE UN BESO

¿Cómo te llamabas mujer? Tu nombre
no recuerdo. ¿Josefa, Emilia, Antonia,
Carmen?... ¿María, acaso?... No; ninguna
de éstas fuiste. A todas las recuerdo.
Ninguna dejó huella en mi corazón.
Y tú, sí: tú dejaste en mí el sabor
de un beso, aromatizado de pureza.
Un beso que te pedí sin palabras;
y que tú me concediste, sin palabras
también. Tus labios entreabiertos;
la brillante humedad de tus ojos,
¿eran unas súplicas o un deseo?..
Sólo sé que mi beso salió puro
de mis labios, y que tú lo bebiste
con los tuyos, entornando tus pestañas,

velando tu mirada, toda pureza...

Al mirarme de nuevo, suspiraste:

«¡Oh, Dios mío, qué débil, qué débil soy!...»

Y aquí estuvo tu fuerza, la que apartó
de ti mi deseo, ya que no podía
amarte como tú merecías...

Mujer,

¿cuál es tu nombre? ¿Josefa, Carmen,
María?... ¡Ah, sí! Ya lo recuerdo, mujer...

Me lo dijeron tus labios, al beber
con ansia pura mi beso. Tus ojos
me lo dijeron, al matar, mirándome,
la impureza en mi deseo. Lo supe
cuando te oí confesar tu flaqueza...

Te llamabas.. te llamabas.. ¡INOCENCIA!

REMANSO

Para mi mujer.

¡Qué cansado vengo, amor! Vengo de lejos,
de muy lejos. ¿No me sentiste marchar?
¿Tan dentro de ti me llevas, que aunque
me halle ausente me crees a tu lado?

Y sin embargo, ¡cuántas veces te he
dejado—¡loco!—para volar en alas de
mi fantasía hacia otros cielos,
hacia otros mundos ignorados, que
mi mente alucinada se forjaba mejores!
¡Y cuántas otras, también, he vuelto
a ti triste y desilusionado, cansado
y adolorido, para volver, obstinado,
de nuevo a partir!

velando tu mirada, toda pureza...

Al mirarme de nuevo, suspiraste:

«¡Oh, Dios mío, qué débil, qué débil soy!...»

Y aquí estuvo tu fuerza, la que apartó
de ti mi deseo, ya que no podía
amarte como tú merecías...

Mujer,

¿cuál es tu nombre? ¿Josefa, Carmen,
María?... ¡Ah, sí! Ya lo recuerdo, mujer...

Me lo dijeron tus labios, al beber
con ansia pura mi beso. Tus ojos
me lo dijeron, al matar, mirándome,
la impureza en mi deseo. Lo supe
cuando te oí confesar tu flaqueza...

Te llamabas.. te llamabas. . ¡INOCENCIA!

REMANSO

Para mi mujer.

¡Qué cansado vengo, amor! Vengo de lejos,
de muy lejos. ¿No me sentiste marchar?
¿Tan dentro de ti me llevas, que aunque
me halle ausente me crees a tu lado?

Y sin embargo, ¡cuántas veces te he
dejado—¡loco!—para volar en alas de
mi fantasía hacia otros cielos,
hacia otros mundos ignorados, que
mi mente alucinada se forjaba mejores!
¡Y cuántas otras, también, he vuelto
a ti triste y desilusionado, cansado
y adolorido, para volver, obstinado,
de nuevo a partir!

Pegaso, mi locura
¡por qué sendas me ha llevado! Vértigo
de mi mente acalenturada, alucinaciones
de mi loca fantasía han sido mis
ausencias, mi apartarme de ti; mis
intentos de separar nuestros corazones,
indisolublemente y para siempre unidos.



Y en mi caminar errante por los mundos
por mí forjados, ¡cuántas espinas
han desgarrado mis pies, cuando creía
que eran las flores mis senderos! Andados
tengo los caminos falaces que a la
desilusión conducen, cuando creemos
la dicha haber logrado. Y rodado he
hasta el abismo de los desencantos,
cuando he creído llegar a la cúspide
del placer soñado. Por cada flor que
mis dedos han deshojado, ¡cuántas espinas
llevo en el corazón!

¡Pobre loco yo,
enamorado de quimeras y falacias,
cuando tan cerca tenía el amor!

Infeliz buscador de placeres falsos,
teniéndote a ti, que me ofreces, compendio
de todos mis anhelos, la dicha que
siempre he buscado, la calma henchida
de amor y de virtud que hoy encuentro
al reclinar mi cabeza en tu regazo,
compañera buena, mujer querida
de mi vejez, dulce, plácido remanso.

•

PORTADA
DE FELO MONZÓN

RETRATO DEL AUTOR
POR CIRILO SUÁREZ

EN PREPARACION

HUMOR ISLEÑO

(Cuentos y caídas)

EL CASO DE MI TIO JULIAN

(Novela)

INDICE

Página

Dedicatoria	5
Proemio	7

PROSA

Robaina & C. ^a , S. en C.	15
Teresa, la del lupanar	37

VERSOS DE AYER

Anhelo	49
El perro muerto	51
Paloma y gavián	53
Romance del niño mendigo	57
Maquica	61
Mi vieja garlopa.	63
El beso que no me diste	65
¿De dónde vienes?	67
Si pudiéramos	69
Cantar.	71

VERSOS DE HOY

El recuerdo de un beso.	75
Remanso	77

IMPRESA BEIACHS - Trossa, 81

BIBLI. UNIV. LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



513302

BIG 860-3 ARM pop

PRECIO: 25 Ptas.